

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 3 DE AGOSTO DE 1924

NÚM. 20.440

A OCHO DIAS VISTA

Improntu literario



ANDANDO el tiempo, es probable que sobrevenga una humanidad más inteligente que la actual, que discipline y encauce los sentimientos con la misma fría previsión con que ha sometido y avasallado ya a ciertas fuerzas naturales, que abandonadas a su propio ímpetu, o no serían aprovechables, o serían ruinosas para la tierra. Eso que ha hecho el hombre con el agua, la electricidad y con no pocas materias inorgánicas, podrá extenderlo, con igual éxito, al mundo caótico de las pasiones. Y entonces el amor y el odio dependerán del cálculo y estarán sujetos a las vulgares normas del peso y de la medida. Cuando llegue ese día, ya nadie sufrirá decepciones de amor, porque como el hombre y la mujer adecuarán lo que den de su corazón a lo que reciban, no habrá sorpresas ni infidelidades, y, por lo tanto, al desaparecer de aquella pasión toda eventualidad de dolor, la nube dramática que se cierne ahora sobre las intimidades sexuales, por pasajeras que sean, se habrá desvanecido. Esa evolución sentimental, que ya se inicia en ciertas cimas de la sociedad, será un mal para la literatura, pues tendrá que buscar temas que la animen fuera de los dominios de Venus, y un bien para la Humanidad, que se ahorrará la tortura de los celos y la humillación de las lágrimas que hace verter ahora el amor. El término de esa evolución sentimental está lejano todavía, porque las transformaciones que se operan en la sensibilidad son muy lentas, sin duda porque el Supremo Hacedor no tiene prisa en proscribir el sufrimiento de la tierra, pues el día en que se ame y se odie a voluntad todo hace creer que seremos felices. Hay, sin embargo, ya numerosos precursores de ese estado sentimental, y son, por cierto, los que sacan mejor partido de la vida. Yo conozco algunos casos de verdadero automatismo emocional, que se apasionan por una persona o se desentienden de ella con una facilidad que asombra. Entre las mujeres, ese tipo de anafrodisia cordial es frecuente. En toda tragedia de amor, casi siempre el que hiera o el que mata es el hombre. La mujer abandonada o burlada se resigna y olvida fácilmente. ¿Por qué? Tal vez porque la mujer no compromete en el amor sexual sino una pequeña parte de la sensibilidad que la adjudicó la Naturaleza para la función maternal. Lo más cuantioso de ese tesoro es para la prole. No me sorprende, pues, el que haya muchas mujeres que para designar a su marido digan, en lugar de nombrarle: «Gómez no está en casa.» «Pérez se porta muy bien conmigo.» «García me ha regalado una sortija el día de mi santo.» Omitir el nombre y suplirlo con el apellido es poner distancia entre los cónyuges, señalando al marido la modesta categoría de colaborador circunstancial en la obra solidaria de fundar una familia y de

proveedor de lo necesario para el hogar.

Las anteriores reflexiones no han brotado espontáneamente de mi pensamiento. Me las ha sugerido una novela de Juan Pujol, que acabo de leer en pleno sosiego campesino, con el espíritu libre de preocupaciones literarias. Quiero dar a entender con esta aclaración que no se espere de mí, a propósito de ese libro, el estudio crítico que otros harán con una competencia y una autoridad que a mí me faltan y que he renunciado a conquistar, porque la emotividad fácil y el sentido crítico rifien de verse juntos, y yo no soy ni quiero ser mas que un lector ingenuo, que se deja arrastrar sin dificultad por lo que haya de patético o de humorístico en una obra. Esa disposición intelectual, tan pronta a la indulgencia, me recusa como crítico, comunicándome en cierto modo con la posteridad, que desconfiará de mis impresiones al enterarse de que no se fundaban más que en la emoción momentánea, endeble garantía para el que

aspira a adoctrinar en materia de estética. Dicho eso para definir una posición literaria que puede ser considerada como equívoca porque no compagina con la forzosa severidad de la crítica oficiante, voy a poner unos frívolos comentarios al margen de la novela de Juan Pujol. El autor de «El hoyo en la arena» no es un advenedizo en la literatura española contemporánea. Le conocimos hace ya tiempo en el periodismo y con el tercer entorchado, que no se gana sin la culta fecundia del cerebro y la galanura de la pluma. Es, además, poeta, y de ello hay pruebas en la novela que acabo de leer, pues no se tiene ese poder evocador de imágenes, ennoblecido por cierto sobrio lirismo, más que cuando se ha frecuentado la intimidad de las musas. «El hoyo en la arena» es una historia de amor que nos dejaría pensativos y tristes si no supiéramos de antemano que en pos del amor no puede venir más que la melancolía. Un hombre, en todo el vigor de la ju-

ventud, vehemente e inexperto, porque los pocos años no dejan presentar siquiera la nada insondable de la vida, encuentra una mujer en su camino. El es militar y ella actriz. Esas dos profesiones no son indiferentes al fondo de la novela. Generalmente, el militar no suele ser un temperamento complicado. Fuera del caso excepcional, todo el que se siente aficionado a las armas condiciona anticipadamente su actividad mental, subordinándola a dos o tres sentimientos elementales que habrán de ser los reguladores de su conducta. Nadie niega el que pueda darse el militar poeta, matemático o filósofo, dramaturgo o músico; pero forzoso es convenir en que el tipo medio del soldado se acerca más, por la moderación de sus ambiciones intelectuales, al *homo simplex* de los naturalistas que a ese complejo producto de la civilización que ha modelado la cultura. Ricardo Robles es un muchacho bien educado, pundonoroso y de una limpieza de conciencia que no se empañaría siquiera con la tentación de lo inmoral, pero desarmado para medirse con la malicia ajena, porque su ingenuidad es tan grande como su honradez. Y este hombre, nada fogueado en la lides amorosas, se encuentra de improviso con Julia Guzmán, la cual une a su privilegiada belleza las complicaciones psicológicas de la mujer que ha vivido mucho y que ha deformado su personalidad íntima en el escenario, contrayendo esas inquietudes y esas curiosidades que rara vez permiten a los artistas de teatro disponer libremente, y por largo tiempo, de su propio corazón. Y en esas manos pone el suyo el pobre oficial.

Es la vieja historia del caballero Desgrioux y de Manón, que se repite con la dolorosa monotonía con que perduran el ansia de amar y la necesidad de olvido, el apetito y el hastío en el ser humano. Trátase de un hombre curtido por la experiencia sentimental, que hubiera apurado ya hasta las heces aquella amarga copa de la voluptuosidad de que habla Lucrecio, y los primeros besos que cambia el oficial con la actriz no hubiesen pasado de la piel. Es la fase del amor gusto la preferida de la mayoría de las mujeres, que temen, razonablemente, dejarse ir al amor pasión. El amor gusto, al decir de Stendhal, que ha analizado ese sentimiento con insuperable lucidez, se contenta con poco. Detenerse en él es mostrar cordura. Pero Ricardo Robles no es de los que se dan a medias, sino de los vehementes que ponen el amor en la región de lo absoluto. El novelista nos hace asistir a la aurora, al apogeo y al ocaso de aquella pasión, sin alejarse de la realidad, conservándonos siempre a tan corta distancia de las almas, que las sentimos palpar y sufrir. Lentamente, la mujer se cansa. Su temperamento reclama el cambio, la novedad, otra cosa, otro ambiente. La breve época que pasan los amantes en Tánger señala la plenitud de su felicidad. Luego, él vuelve a la vida de guarnición, monótona, aburrida, sin otro aliente que la posible sorpresa marcial,



PAISAJES MITOLÓGICOS.—PSIQUIS, CUADRO DE EDMUND KANOLDT

CRÍTICA LITERARIA

esto es, el episodio guerrero que desenturceca el alma. Ella, lejos, calla mientras él la evoca con apasionada nostalgia, ¿qué hace? —¿Por qué no me escribe?—se pregunta con angustia el desdichado oficial—. Y un día, inadvertidamente, por obra de la fatalidad, él abandona la posición militar a que le sujeta el deber y pierde la carrera. ¿Por qué ha hecho eso? No es por indiferencia moral o por flojedad del ánimo, sino por correr a Tánger, a buscarla en vano, pues la actriz se ha ido ya, empujada por ese anhelo de novedades que consume a ciertas mujeres, tal vez las más atrayentes por lo mismo que nos regatean la seguridad de su amor. ¡Ah, si se amase a voluntad! ¡Si la ley de los vasos comunicantes fuese aplicable a la sensibilidad! Pero no es así. En amor, el nivel de entusiasmo rara vez se iguala en los dos corazones. Casi siempre el ascenso sentimental de uno de ellos coincide con el descenso del otro, y de ese desequilibrio surge a menudo el drama, que se desenlaza unas veces silenciosamente, porque así lo exige la dignidad, y otras, las menos, con violencia que puede bordear la muerte...

En Madrid, Ricardo Robles se encuentra de nuevo con Julia Guzmán. Ella ha vuelto al teatro, a su lujo y... a su antiguo amante, el que la habituó al mimo y a la opulencia. Ella lo acoge con simpatía, pero sin aquella apasionada ternura con que lo subyugó en otro tiempo. El, expulsado del Ejército, intenta abrirse un horizonte que le asegure una existencia decorosa, y ella, sin que el muchacho se entere, le ayuda a abrirse paso. La habilidad y el orden a que ajusta sus costumbres aquella mujer desconciertan a Ricardo. Partiendo, en mi sentir, de un prejuicio, supone el novelista que las contradictorias disposiciones del carácter de Julia Guzmán, su vehemencia en amor y su sentido del interés material, sus ráfagas de romanticismo y su cálculo cuando se trata de dinero, son formas del atavismo israelita, voces de antepasados que rigen la sobresaltada existencia de la actriz. ¿Por qué busca el ilustre escritor en la étnica la explicación de contradicciones bien humanas que puede facilitarle el sexo mismo? Ese tipo femenino que concilia las exigencias de su egoísmo con las flaquezas de su temperamento es muy corriente. No hace falta remontarse a los patriarcas hebreos para dar con él. Si admitiésemos la hipótesis de Juan Pujol, el mundo sería la tribu de Israel. Todos hemos conocido mujeres que llevan con el mismo rigor la contabilidad de sus intereses y el balance de sus aventuras sentimentales. El cristianismo no se ha opuesto a ese orden nunca...

En las páginas finales de la novela vemos a Ricardo Robles en la cárcel. No ha delinquido, puesto que es víctima de un error; pero ha pasado por el oprobio, que probablemente le señalará con un estigma imborrable, dificultándole la convivencia con las gentes de su clase. Y todo por un amor en el que él no puso más que su ilusión, su romanticismo y su entusiasmo, flores tempranas del espíritu, que casi siempre troncha y pisotea la vida...

Yo felicito a Juan Pujol por haberme conmovido con esas páginas tan impregnadas de la dulce melancolía del amor. Le debo una emoción que no me han hecho sentir mas que escritores de una mentalidad rica y de una donosura de estilo que admiro en el autor de «El hoyo en la arena», y que seguramente no será el único en enaltecer y proclamar.

Manuel BUENO

Guethary (Bajas Pirineos), julio 1924.

“El poema de los pinos” y “Canto a la raza Gallega y Versos de Fe y de Silencio” (Buenos Aires, 1923), versos por Xavier Bóveda :::::

De los actuales poetas galaicos que no escriben en el entrañable dialecto es, seguramente, Xavier Bóveda el único que puede aspirar al dictado de cantor de la raza y el paisaje gallegos. Mientras los demás poetas de la región, desentendiéndose de lo peculiar y hasta de lo humano que pudiera poner ante sus ojos la tierra nativa, de las bellezas del paisaje y de los dolores y anhelos de sus conterráneos, aspiran a ofrecernos sugerencias universales o evocaciones arqueológicas, como Primitivo R. Sanjurjo en *Las mesetas ideales* (1910) o las últimas vibraciones de una cansada lira moderna, volviendo a las ingenuas emociones de la infancia, como Francisco Luis Bernárdez en *Bazar* (1922) y *Kindergarten* (1923) (para no hablar de esos jóvenes que ahora versifican en la revista lucense *Ronsel*, adoptando un decidido tono menor), cual si les asustase el nombre arcaico y grave de bardos, Xavier Bóveda no teme cargar con ese nombre agobiador ni requerir, cuando es preciso, la gran harpa ossiánica, erguido sobre una piedra céltica. Si queremos escuchar la voz de Galicia, modulada en nuestro claro romance, hemos de acudir a él, ya que el otro gran poeta galaico, el Ramón Cabanillas de *Vento Mareiro*, no se toma el trabajo de traducir sus pensamientos al habla de Castilla, dejándolos envueltos en la bruma de su *saudoso* lenguaje.

Xavier Bóveda escribe en castellano y, no obstante, es el heredero directo de Pondal, Curros Enríquez y Rosalía de Castro, que, con D. Ramón del Valle-Inclán, son sus dioses mayores y sus lares poéticos; siente como cosa sagrada el amor a la tierra nativa, a sus árboles, a sus piedras y a sus moradores; está imbuído del espíritu supersticioso, nostálgico, patriarcal de la raza, cuyas leyendas y tradiciones conoce a fondo por haberlas aprendido de labios de los viejos, en las veladas aldeanas, y emplea su genio lírico en exaltar, ya con la pastoril cornamusa, ya con la trompa épica, los dos aspectos esenciales de Galicia.

Esta devoción a la *terra*, que culmina en el *Canto a la raza gallega* (1923) —hasta asumir el solenne sentido de una comunión con las almas de los muertos—, ha ido afirmándose progresivamente en el transcurso del tiempo, desde 1917, en que el poeta publicó su primer libro *Epistolario romántico y espiritual. Rosario lírico y otros poemas* (Orense, 1917). Xavier Bóveda no tenía aún por entonces definida la misión de su genio. Llegado a la corte con el bozo primero, en pleno triunfo del rubenismo, recitó la lección del maestro, cantando temas versallescos y cosmopolitas. Las dificultades con que ha de luchar el talento juvenil, lo que pudiéramos llamar la prueba de Heracles, pusieronle un momento en contacto con la bohemia literaria, y Bóveda alternó con los troveros de la mala fortuna, y tuvo su vida anecdótica, y Pedro Luis de Gálvez, el maestro de armas de la temible cofradía, le fraguó una biografía truculenta, pintándonos su infancia como transcurrida entre los ataúdes de una funeraria de aldea. (Conferencia leída en la Casa de Galicia de Madrid y publicada en la revista *Cervantes*, 1918.) Fueron aquéllos los tiempos de *El Parlamentario*, donde Bóveda, poeta, corrió todos los albuces

del periodismo político batallador, incluso el de ser huésped de esas mazmorras donde se castiga el pensamiento, aunque, por fortuna, los hierros de una reja no llegaron a formar sobre su rostro la fatal telaraña. Lo que hubiera sido injusto, pues Bóveda en *El Parlamentario* hacía labor de poeta, intercalando sus versos entre la prosa política o consagrando glosas e intervíus a los libros y autores predilectos. En 1918 me hizo el honor de celebrar conmigo una que respondía al epígrafe *¿Qué opina usted acerca del porvenir político e intelectual de España?*, y a consecuencia de la cual surgió el movimiento *ultraísta*, en el que Bóveda tuvo una parte prestigiosa, pero efímera, que en otro lugar he descrito (véase el prólogo a *Los poemas de los pinos y otros poemas* (1923). Bóveda abandonó ese movimiento, reclamado por el genio de la raza, o acaso porque tuvo el acierto de presentir que aquel estado de crisis en que yo traté de poner a los poetas jóvenes no iba a producir nada bueno, y hasta quizá nada nuevo, por la atonía del poético organismo.

Fiel a su inspiración nativa, Bóveda abandonó el ultraísmo, y tuvo el valor de entonar un canto a sus pinos seculares, cuando todos se entregaban a un frívolo juego de circo con las cosas más modernas. Por aquellos días se le perdió de vista en Madrid; andaba entregado a un nomadismo inquieto, de Galicia a Cataluña y de allí a nuestro Marruecos, donde en 1921 fué corresponsal de guerra de un importante diario barcelonés. Y a poco de eso embarcaba para América, de donde regresaba triunfador el pasado invierno, trayendo un gran álbum de recortes, autógrafos presidenciales y lo que, sobre todo, con razón, estimaba: libros dedicados por próceres literarios como Lugones, Larreta y Capdevila, de cuyos socráticos convites fuera festejado comensal. El cantor de Galicia encontró a lo largo de su viaje a la colonia gallega, aguardándole aclamador y solícito; dió conferencias concurrenciosas en que el filón lírico se hizo plata, y pudo volver de allá con su galeote cargado de ella, como tantos otros; pero digámoslo en su honor y en el de nuestra poesía, que tantas veces tendió la mano mendicante a su hija americana: Xavier Bóveda sólo trajo de la ciudad de El Plata libros, y entre ellos los dos suyos, cuyos títulos encabezan estas líneas allí impresos, que marcan el desplazamiento de las capitalidades literarias y muestran cómo el fruto español puede madurar en la materna tierra americana.

Y dijérase que en este viaje a América, con el que Bóveda cumplió el sino del emigrante gallego, afirmáronse más sus sentimientos raciales, como a sus paisanos suele sucederles, pues de allí volvió, trayendo esos dos libros en que sus devociones ancestrales hallan su voz más alta. El poeta ha logrado en ellos su destino; ha comprendido su misión. Se declara hijo del terruño, fruto de las generaciones, verbo del genio secular de una raza, céltica o gótica, pero que es la suya. Adquiere conciencia de ese sentimiento de solidaridad con los antepasados, que encuentra filosóficamente estudiado en Spengler, el autor del momento. Pero al par, y por una relación naturalísima, ese sentir hondo de la raza le pone en comunicación con la Humanidad toda y con Dios, último paradigma de esos grandes vuelos del alma. Y aparece en la obra del poeta el matiz religioso, bella y altamente acusado, la inquietud del más allá y el coloquio directo con el Padre silencioso.

Aquí ya se detiene colmada la obra del poeta, en un momento que coincide con la granazón de sus años. Puede decirse que ha labrado ya, por fin, el palacio de su alma, que ahora aparece decorada con los trofeos juveniles. Juventud en el sentido estricto es pasada, pues siempre el advenimiento de Dios, la ilusión suprema, marca la fuga de las ilusiones menores. La obra de Bóveda está, en lo esencial, completa, y es hora ya de recapitularla. Pasemos revista a esos libros juveniles. *Epistolario romántico y espiritual. Rosario lírico y otros poemas* (1917), *El madrigal de las hermosas* (Orense), *La luna, el alma y la amada* (Orense, 1922), *Los poemas de los pinos y otros poemas* (1923), *Canto a la raza gallega, Versos de fe y de silencio* (1923). En todos ellos ha ido dejando el poeta rastros de su evolución sentimental e ideológica: las primeras ilusiones de amor y de gloria, los malos días de la bohemia, los madrigales a las musas galaicas, los soliloquios íntimos y graves de los grandes asombros ante los grandes y delicados misterios de la vida, la nota bucólica y la vibración temerosa de una tierra patriarcal, llena de agobiadores recuerdos, la caricia filial al árbol y a la buena vieja aldeana y a esa vaquifia ante la que todos somos más o menos hijos, pues es nodriza de la Humanidad, y, por último, el gran canto plenario a la raza. El verso es siempre limpio, claro, vigoroso, con tendencia al tono épico y a la coordinación marmórea: verso ossiánico, que suena hoy con un gran rumor de piedra o de bronce — de alma simplemente, ya que el Talmud nos advierte del ruido que hacen las almas — en la estancia de nuestra lírica, donde predominan los tonos menores, los balbuceos y los decorosos silencios. Xavier Bóveda canta en ella a plena voz, sin temor a probar sus fuerzas en la buena lucha franca con el ripio ni a acoger en su verso la frase popular y expresiva.

R. CANSINOS-ASSENS

DEL VERANEIO PINTORESCO

UNA CASITA EN LA SIERRA

PARECE mentira la importancia que adquieren con estos calores prendas como la camiseta y la camisa de dormir, que no figuraron nunca como de primer rango. Señores que durante el invierno son más serios que un acta notarial, se muestran durante el verano en franca oposición con la etiqueta, y en cuanto se les habla del veraneo, exclaman:

—A mí deme un pueblecillo donde pueda estar todo el día en mangas de camisa y con alpargatas.

Y no solamente lo dicen, sino que lo hacen y practican de una manera absoluta la mayoría de los que veranean en los pueblecillos de los alrededores de la corte, y que desecharon la idea de ir a una playa de moda ante el temor de que también tuvieran que veranear los cuellos planchados.

Veranear en estas condiciones de comodidad es verdaderamente encantador, y sólo se realiza después de un detenido debate con la familia.

—¿Qué opináis de la idea de que resistamos los calores lejos de la corte, con su asfalto asfixiante y con sus tenderos de ultramarinos y sastres que quieren cobrar las cuentas?

—¿Qué vamos a opinar? — replica la esposa—. Que esa idea, después de la que tuviste de pedir mi mano, es la más genial de tu existencia.

El futuro veraneante hace un gesto como de no estar absolutamente de

LOS SOLARES DE LA RAZA.-CERVATOS

acuerdo en lo que respecta al enlace, y sigue exponiendo su plan:

—Hay que veranear en la Sierra. Si vamos a sitios de más «postín», con Casino, «jazz-bands» y camareros con frac, que sirven los helados en estuche, no podré yo ir en camiseta y con sombrero de segador.

—Naturalmente. En cuanto te presentaras te echarían.

—Por eso quiero el auténtico veraneo, y el chaquet para el invierno y para las recepciones académicas.

Ya está resuelto el plan estival, y la familia aquella que en los meses de frío ponían pulcritud y esmero en todos los detalles de la indumentaria, hasta el punto de tener los pañuelos clasificados por categorías, según al sitio adonde iba, se traslada a un hotelito en la Sierra, y ¡ríanse ustedes de Loreto y Chico! cuando salen a escena disfrazados con harapos!

El padre anda por el jardín del hotel —dos metros veinte de ancho, por uno setenta y cinco de fondo— con un pantalón viejo, cedido por su portero madrileño, y las señoras como si fueran a fregar suelos.

A la puerta de uno de estos hoteles, donde veranea el conspicuo ex senador don Frumescio Meléndez, se presentó el otro día una visita, y dirigiéndose al propio ex representante de la patria, le dijo:

—¡Eh, buen hombre! ¿Es aquí donde vive don Frumescio?

Cuando éste se dió a conocer, el visitante no pudo menos de exclamar:

—Pues, la verdad, yo creo que si tanto sacrificio pecuniario le ha costado el veranear, debió renunciar a ello.

—Pero si estoy así, no por economía, sino por comodidad.

—Puede ser; pero, ¡caray!, está usted como para que le den una limosna. Yo venía buscando al amigo de severo vestir y ademanes aristocráticos, y me he encontrado a un menesteroso de toda solemnidad.

No se sabe por qué, pues en los Centros científicos no han emitido informe sobre ello; pero lo cierto es que el veraneo en los alrededores de Madrid invita al rebajamiento de clases, y aquel que en su casa de invierno necesitaba hasta cuchillo para comer natillas, ahora, en su retiro veraniego, come pisto en una cazuela familiar y moja la migaja y los dedos, chupando luego éstos. ¿Por qué tal transformación? No lo sabemos; pero señalamos el hecho, que puede ser estudiado por la Liga de las Naciones.

El hombre tiende al salvaje, y en cuanto se halla en el campo no encuentra los diques y los obstáculos que la sociedad le impone.

—Aquí estamos como las botellas de vino barato, sin etiqueta. Yo, con la camisa de dormir, y ésta sin llevar nada debajo del peñador.

—¡Cipriano!...

—Las cosas claras, y los veraneos en estos sitios ya se sabe lo que son. ¿Dónde dirá usted que hemos dormido anoche? Tumbados en una esterilla, en el suelo. Si no es por los insectos, pasamos una noche que ni en el mejor hotel de Biarritz o Deauville.

—No lo dudo; ahora, que en Biarritz o Deauville no se duerme en los hoteles así.

—Porque son unos cursis. El verdadero veraneo es éste.

¡Qué ha de ser! Lo que sucede es que, en el fondo, el ciudadano que hace eso es un ordinario del tamaño de la catedral de Burgos, y el resto del año está engañando a sus amigos, parientes y testamentarios.

A. R. BONNAT

TIEMPOS son estos que corren, bien propicios y oportunos, en los que, para paz del ánimo y consuelo del espíritu, gustamos las evocaciones de las épocas pretéritas, fundamento de nuestro solar castellano, cimiento y base de la raza.

Volviendo los ojos al pasado, el pasado tan remoto de los tiempos medievales, tan pródigos en intelectos prodigiosos y sublimes heroísmos, pensamos en sus hombres, recios y fuertes, que templaban el alma en las aguas y, al tiempo de sus espadas invencibles, los poderosos montantes, ya sólo reliquias de las armerías y asombro de las generaciones presentes; vemos los portentos que aquellos artífices, magos de la construcción, han hecho perdurables al paso arrasador de los siglos, y dando al olvido los progresos científicos de las modernas civilizaciones, nos recreamos intensamente en el recuerdo de aquellas concepciones artísticas y grandezas pasadas.

Abundantes lugares nos ofrece Castilla para estudio y recreo de temperamentos artísticos. Recorriendo las llanuras de Tierra de Campos o escalando las cumbres de Cantabria, viviremos su historia, desde los reinados visigodos, y aun la época romana, hasta el renacimiento de la casa de Austria; pero acaso en sitio alguno podamos considerarnos tan po-

románico, modelo ejemplar del estilo.

Desde este altozano en que el templo se asienta, todo evoca los siglos pasados. Otean nuestros ojos los campos ya segados, en rastrojos brillantes al sol, últimas tierras del inmenso trigal castellano. Divisamos, no lejos, las montañas cantábricas, cuyas vertientes se deslizan, audaces, hasta dar en el mar, y un nordeste sutil nos hace sentir en el rostro la sensación de una brisa muy tenue, húmeda y fresca, que del mar nos alcanza. Todo incita a soñar.

Del más puro estilo románico es este templo de Cervatos, considerado como modelo precioso en su género. Aunque su fundación fuese más remota—como lo atestigua la lápida colocada en el suelo del presbiterio, al lado del Evangelio, con la inscripción de «Aquí yace el infante D. Fernando, hijo del conde don Sancho de Castilla, el de los buenos fueros, el que los dió a Cervatos. Año de J. C., 999»—, su traza y construcción presentes son ya del siglo XII. Los vestigios lapidarios que en su fábrica se conservan son de los reinados de Alfonso VII y Alfonso VIII. En la fachada meridional se lee: «Hecha en la era 1165, año 1127, en el segundo de los idus de Abril», y en uno de los pilares de la portada, a



seídos de la influencia medieval como en Cervatos.

Ya en la provincia de Santander, a poco de los límites de Palencia y de Burgos, yendo de Pozazal, camino de Reinosa y al margen de la carretera real de Castilla, nos hallamos con este lugarejo de Cervatos, de tortuosas y angostas callejas y casucas pobres y rudimentarias, a las que, tanto como la pátina, tiñe el clima de ese color almagra tan característico de las viviendas montañosas.

Esta, que hoy es aldea del concejo de Calle de Enmedio, fué en la Edad Media—por méritos del monasterio que en una prominencia al norte del poblado se alza—vasto señorío. Ya el infante don Fernando de Castilla, hijo del conde don Sancho, hizo gracia de su fuero a Cervatos, y llegó un tiempo en que los condes Sancho Garcés y doña Urraca, su esposa, y después Alfonso VII, donaron al monasterio tantos pueblos, que su jurisdicción alcanzaba a casi todo lo que hoy es provincia santanderina; donaciones que fueron confirmadas por el VIII y IX Alfonsos y Juan II.

Hoy sólo queda de aquel su poderío la iglesia de su colegiata, convertida en parroquia; recuerdo venerable que respetaron las centurias y vestigio de templo

la derecha, se dice que en 1199 fué dedicado este templo a San Pedro por el obispo Marín, de Burgos. Se sabe también que Alfonso VIII trocó este monasterio por el de Santa Eufemia de Cozuelos, perteneciente a la sede burguesa, e hizo que algún tiempo después fuese entregado a la Orden de Santiago.

Tiene la iglesia una sola planta, de ábside circular y robusta torre rectangular, formando un conjunto tan armonioso por sus proporciones, como estético por su forma y ornamentación, destacándose de las muchas de tipo análogo existentes en Santander y Asturias. Estos méritos especiales han elevado el templo de Cervatos a la calidad de monumento nacional.

Precede a la puerta el atrio, tan corriente, de las iglesias norteñas, en el que las mañanas de domingo congregan los hombres de toda condición al paso de zagalas y mozas, para entrar agrupados cuando la misa dé comienzo.

La portada, característica entre las románicas por la fina y complicada tracería, diferente de las demás de su estilo, se distingue por la ornamentación marcadamente bizantina del friso y el tímpano, en los que se aprecia la influencia de los artistas que con los comerciantes

orientales, cruzando Castilla, seguían por Reinosa la ruta del Cantábrico.

Abrese en un arco de medio punto, con siete arcos baquetados y archivolta con florones. Sostienenles seis columnas acodilladas con capiteles tallados, con figuras de animales en raras posturas. Un friso de seis leones corre bajo el tímpano. Trece canecillos sirven de sostén al tejadillo que resguarda la puerta.

Tanto en los canecillos como en los capiteles y en los relieves del frontis, predominan figuras en obscenas actitudes, con ostensibles exhibiciones de atributos viriles. Con estas manifestaciones concupiscentes quisieron, sin duda, presentar los monjes a sus feligreses el pecado mundano y sus aberraciones, con la sana intención de que rehuyesen las monstruosidades de la lujuria.

El ábside, de proporciones admirables y planta semicircular, consta de dos cuerpos. En su exterior, cuatro contrafuertes sirven de sostén a otras tantas esbeltas columnas, que descansan sobre ajedrezada imposta circundante del ábside, señalando la periferia de tres ventanas angostas, de arcatura, sobre canecillos y cornisa. Treinta y ocho canecillos sostienen el alero.

En el interior, el ábside formanle arcos sostenidos en columnas de capiteles con caprichosos bajorrelieves. La bóveda, semiesférica, se une a la nave por un arco de medio punto.

Bóvedas de crucería que se apoyan en pilares fasciculados constituyen la nave; abovedamiento realizado en los siglos XIV o XV, que hizo perder la típica fisonomía artística del templo.

La torre, al lado del hastial del Oeste, yérguese altanera, dividida en tres cuerpos: el primero, macizo; el segundo, con finas columnas en los esquinazos y arcos apuntados, y el tercero, de ventanales de medio punto, en los que se cobijan las campanas. Cubrela un tejadillo de salientes aleros coronado por la enseña de Cristo.

Así se muestra en su grandeza solitaria este templo callado, turbado sólo en su silencio por el murmullo devoto de los feligreses durante las misas de precepto, o cuando, muy de tarde en tarde, se ofrece el barullo de una boda o bautizo. Una vez al año, el 3 de febrero, la alegría y algarada de los romeros, el sonar del pandero y el ritmo de la danza, animan bulliciosamente el lugar de Cervatos. Es la romería el día de San Blas a sus veneradas reliquias.

Va cayendo la tarde, y de retorno a la ciudad, descendemos hacia el camino que conduce al poblado. Una copla saliendo de una garganta moza, copla que canta requiebros y ternezas, llega a nuestros oídos. Acompáñala el son de unas esquirlas de lento tintineo, como si colgaran del cuello de animales cansinos. Al rebasar un altozano se nos ofrece un campo de trilla. En redor de la era, unos bueyes en yunta—como cuando en tiempos remotos se fundó la colegiata—arrastran en su pesado caminar el trillo de pedernales que tritura la mies; el mozo que le guía, erguido y jaquetón, lanza al aire otra copla.

Pero toda esta intensa emoción, evocadora de grandezas pasadas, de paz augusta y claro misticismo, se va con el día. Ya con el crepúsculo, divisamos Reinosa y volvemos a la realidad de la vida.

Un trepidar ruidoso, un agudo silbido, el paso veloz de la negra cadena de un tren, rompen y deshacen totalmente el encanto.

Miguel MAESTRE

(Fotografía del autor.)

LA NUEVA CAPERUCITA

CUENTO PARA NIÑOS POR ALFONSO G. DEL BUSTO

PUES, señor: Había una vez... Había una vez una casita, de fachada muy blanca, con persianas verdes y tejado rojo, en medio de un campo color de esmeralda.

Esta casita, aún no manchada por el polvo y la vejez, toda nueva y reluciente como una estampa de libro iluminado, guardaba en su interior un tesoro: la alegría inocente y cautivadora de Caperucita.

¿Pensabais, acaso, que no había en el mundo más Caperucitas que aquella del lobo, que todos conocemos?

Pues os engañabais, porque existen muchas, y entre ellas ésta que ahora se presenta ante vosotros, con su capucha roja, ni más ni menos pizpireta y alegre que su tocaya, la que había de llevar tortas y manteca a su anciana abuelita y hubo de hallar en el camino a la terrible fiera causante de su pérdida.

Pero esta Caperucita, de trenzas de oro y capa escarlata, de ojos azules y carita redonda como una manzana madura, era tan distinta de la otra, a pesar de parecerse tanto, que podría decirse: son dos gotas de agua; pero ésta es agua de río y aquélla es agua de mar...

Caperucita Encarnada tenía mucho que hacer en su casita de campo. Se acercaba el estío y era necesario prepararlo todo para las vacaciones. Bien merecido su descanso después de un largo invierno de estudio y laboriosidad, se afanaba en disponer el albergue de verano, de modo que no faltara detalle alguno de comodidad y limpieza.

Le había dicho su madre:

—Caperucita, ve al campo: sigue el sendero que conduce a nuestra casita blanca; cuando llegues, abre la puerta con esta llave y prepara las estancias para que podamos descansar del invierno de la ciudad.

Y he aquí a Caperucita, que, después de cumplir exactamente las instrucciones de su madre, se halla muy atareada en limpiar de polvo los muebles, mullir los colchones y poner sábanas recién lavadas en los humildes lechos.

Y según va avanzando en su labor se siente más alegre, y canta con voz de cristal:

Tengo una capuchita
picuda y encarnada;
tengo azules los ojos;
tengo trenzas doradas.

El sol, a punto de ocultarse, va apagando el brillo de la tarde.

Caperucita trajina muy de prisa, para que todo quede listo antes de anoche.

Y cuando su canción llena la casa como si fuera el heraldo anunciador del fin de su trabajo, algo extraordinario corta las notas en su garganta y la respiración en sus pulmones.

Del rincón más oscuro del techo de la cocina han salido unas palabras misteriosas:

No me toques
si me vieras;
si me tocas,
no me hieras;
si me hieres,
no me mates;
si me matas,

que en tu vida no hagas más que disparates.

Caperucita tiembla de miedo; pero saca fuerzas de flaqueza y alza los ojos al temido rincón.

Una araña enorme y peluda, de patas muy largas, se revuelve en su tela polvorienta.

Caperucita coge una escoba y la levanta con ánimo de aplastar al repugnante insecto, y cuando va a descargar el golpe, oye de nuevo la voz:

Si me hieres,
no me mates;
si me matas,

que en tu vida no hagas más que disparates.

araña—; no sé qué es eso de suciedad: yo vivo en mi tela sin molestar a nadie y no mancho cosa alguna.

—Lo manchas todo con tu tela llena de polvo; tú y tus hermanas las arañas de todas clases estáis siempre en los rincones oscuros, donde se amontona el polvo y la basura—replica Caperucita.

—Pero no es por nuestro gusto—contesta el peludo insecto—; es porque en los sitios claros, bañados por los rayos del sol, se nos descubre en seguida y se nos destruye sin piedad. Otras hermanas nuestras, de colores brillantes, tienden sus hilos a plena luz entre árboles y plantas, y éstas sí pueden defender-

chas y a cuantos, como tú, suponen falta de esmero y cuidado en una casa; arañas, chinches, cucarachas, hormigas... ¡Ah, que no le hablen a mi madre de estos bichos!

La araña se lamenta:

—¿Qué va a ser de mí... ¿Dónde tenderé mi tela?

—¡Se me ocurre una solución!—grita la niña alegremente—. Todos cabemos en el mundo. ¿Quieres que te lleve al desván?... ¡Allí es tu lugar apropiado, entre las cosas viejas y deslucidas; allí serás feliz!...

—¡Gran idea! ¡Llévame en seguida!

Caperucita se sube en una silla y alza la escoba hasta alcanzar al insecto:

—Póstrate ahí y ten cuidado de no caer sobre mi pelo, porque me estremecería; perdona, no lo puedo remediar... ¡Me repugnas!

—No temas; me sujetaré bien... Y ten cuidado, niña, de no dejarme caer al suelo, porque temblaría... Perdona; no lo puedo remediar... ¡Me das miedo!...

En dos minutos, llevando la escoba como un trofeo, en alto, Caperucita sube al desván y deposita a la araña sobre una mesa rota. Libre el insecto, avanza con gran prisa entre tablones y cacharros, trepa por la pared y se encarama en una viga del tejado. Y ya en salvo:

—¡Gracias, Caperucita!—exclama—; eres buena y discreta; que también seas feliz.

—¡Adiós, señora araña!—contesta la niña—; eres dócil y lista; que también seas dichosa.

Y rápidamente, Caperucita baja del desván y, sin tomar respiro, da fin a su trabajo, porque ya empiezan a brillar las estrellas en el cielo y ha de volver a la ciudad antes de que cierre la noche.

Puesta la casa en orden, y luego de comprobar que todo resplandece como si fuera de oro, Caperucita se cubre con su roja capucha, cierra la puerta con llave y sale al campo.

Por el camino va cantando:

Tengo una capuchita
picuda y encarnada;
tengo azules los ojos;
tengo trenzas doradas.

Porque va muy contenta, convencida de que ha fallado en justicia un pleito difícil. Y como avanza ligera, sin detenerse a coger flores, sin seguir el mal ejemplo de su tocaya, la víctima del señor lobo, muy pronto llega a la humilde casita que habita en la ciudad.

Mientras va preparando la cena, su madre le pregunta:

—Caperucita, ¿hiciste todo lo que te encargué?

—Sí, madre.

—¿Quedó nuestra casita limpia?

—Sí, madre, y en la cocina hablé con la señora araña...

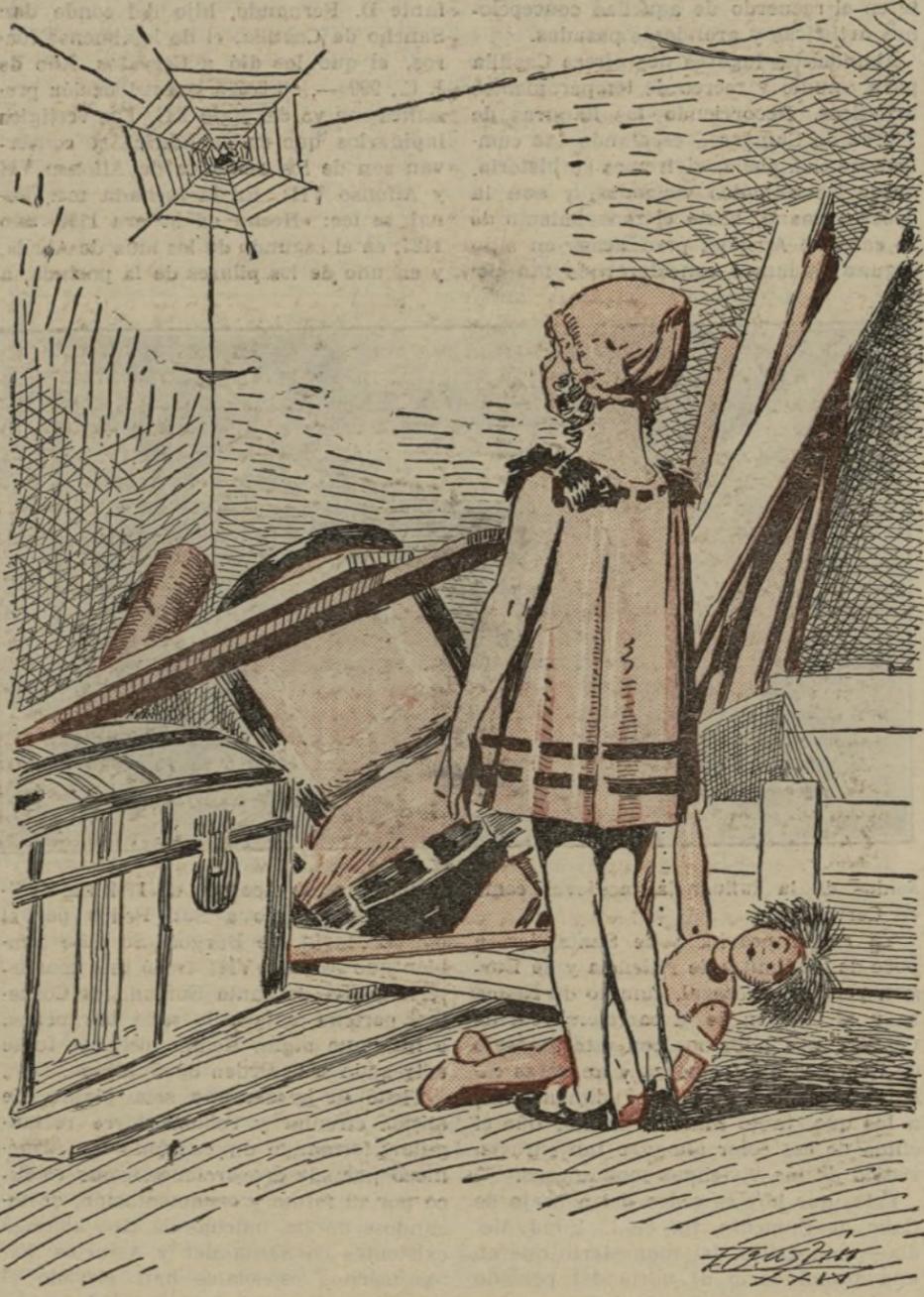
—¿Qué dices?... La matarías... Ya sabes que no transijo con los bicharracos...

—¡Madre!... No quería morir... La llevé al desván... En el mundo cabemos todos...

—Si así lo hiciste, bien hecho está, hija mía...

Y la madre de Caperucita se acostó aquella noche con la emoción de saber que su niña de la capucha roja y de las trenzas de oro no tenía nada de semejanza con aquella otra que el señor lobo se merendó cierto día de horror...

Alfonso G. DEL BUSTO



Aterrada la muñequita de trenzas de oro, detiene sus impetus. Y sólo se le ocurre preguntar, en medio de su asombro:

—¿Es que hablan las arañas?

—Cuando la muerte acecha, todo es posible para evitarla, para defenderse—responde el insecto.

—Entonces, aunque eres horrible y tengo miedo, te perdono; no te mataré; pero tendrás que marcharte, pues yo tengo que dejarlo todo muy limpio y tú eres la representación de la suciedad.

—¿Qué estás diciendo?—interroga la

se, ocultándose, cuando peligran, al abrigo de las ramas o detrás de las hojas y de las flores.

—Pues ya sabes el camino; construye tu tela en el campo.

—¡Ay, triste de mí... ¡Moriría!... Yo soy una araña casera y no resisto el viento, ni la lluvia, ni el sol...

—Entonces, ¿cómo salvarte?... No encuentro el medio... Porque si mi madre llega y ve tu rincón polvoriento, me castigará. Mi madre quiere que brille todo tan limpio como el azul del cielo; mi madre tiene odio al polvo y a las man-

LA CONCESION AL ABSURDO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE FERNANDO DE LA MILLA

I

PERO, hombre, ¿qué pasa? — inquirió un poco alarmado don Evaristo, el periódico que estaba leyendo, en una mano, y con la otra afianzándose los lentes.

Eugenio entró como una centella en el despacho, y prescindiendo del más elemental saludo, respondió:

—¿Que qué pasa? ¿Que todo tiene un término, y que lo que tenía que ocurrir acaba de ocurrir!

Don Evaristo hizo un casi inadvertible gesto de desagrado. ¡Otro disgusto del yerno con su hija! ¡Y él — un egoísta, un comodón incorregible— que no quería saber nada!...

Se sentó en una butaca, dejó el periódico sobre sus rodillas, volvió los lentes a su funda e invitó al yerno.

—Otro disgusto, ¿verdad? ¿Y de la misma importancia que todos los anteriores? Bueno; mira, ante todo, siéntate y tranquilízate un poco. Toma un cigarrillo.

Pero Eugenio rechazó:

—Muchas gracias. Estoy estragado de fumar. Ni puedo sentarme.

—¿Nervios?

—Un poco.

—En fin, cuéntame lo ocurrido.

—Pues nada, que... Yo siento mucho tener que decírtelo... ¡Pero acabo de salir de mi casa para no volver más a ella!

Don Evaristo creyó ineludible fingir un poco de asombro.

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo que no piensas volver a tu casa? ¿Es tan grave lo que te ha hecho mi hija?

—¡Pues eso es lo que me irrita, eso es lo que me desespera!... Que no siendo ella mala, que no siendo yo malo, que no haciéndonos el uno al otro un daño grave, un daño serio, nos hacemos, sin embargo, mutuamente la vida imposible. ¿Querrás creer que tengo que hacer un esfuerzo de memoria para recordar el origen del disgusto de esta mañana, de ahora mismo? Espera un momento... ¡Ah, sí! Pues verás... Anoche llegué a casa un poco tarde. Bueno, un poco tarde dada la regularidad de mis costumbres. A la una y media.

Estuve cenando en el Casino con Adame. No sé si le conoces. ¿No? Pues Adame es el gerente de una Compañía de seguros de la que acaban de nombrarme abogado, y a él, exclusivamente a él, debo yo mi nombramiento. Figúrate la índole del compromiso. Pues oído a la caja. Llego a casa a la una y media, refiero a Lucila lo que me había pasado, me escucha ella muy atentamente, aunque fingiéndose medio dormida, no me dice nada, se calla su boca, y hasta hoy. Pero, amigo mío, en cuanto se despierta esta mañana, se me queda mirando y me dice: «¡Jesús, criatura, qué cara tienes! ¡Da horror! ¡Claro!... Tú, en cuanto sales de noche...» ¡En cuanto salgo de noche, don Evaristo de mi corazón, y durante el año que llevo de casado habré salido de noche, sin ella, cinco veces como máximo! Aunque yo sabía perfectamente que mi cara de esta mañana era mi misma cara de todos los días, me voy al espejo, me miro, me observo con el mayor cuidado, y... lo que yo decía: ¡mi cara era una rosa! «Lucila, amor mío, yo no me noto nada.» «¿Que no te notas nada? ¿Pero estás ciego? ¿No ves qué palidez? ¿Y las ojeras? ¿Tampoco te

ves las ojeras?» En fin, no hice caso y pedí el desayuno. ¡Pero es que yo no debía desayunar esta mañana! ¡Con la cara que tenía, lo más prudente era no comer nada hasta ver si se trataba de una indisposición del vientre, del estómago, del hígado o de la medula espinal! Y, claro, como insistí en que quería desayunar y desayuné, mi exigencia inaudita sirvió de pretexto para que ella se desahogara. ¡Y no quieras saber! ¡Qué imaginación para asociar las ideas más remotas, las más opuestas! «Le ruego que me deje tranquilo, que tengo mañana una vista de importancia, y hoy, por lo

nada. Esto tenía que ocurrir algún día, y hoy va a ser el día de la ocurrencia.» ¡Y me largué a la calle! ¡Y aquí estoy! ¡Y ahora mismo me voy a un hotel! ¡Y se acabó para siempre!

Don Evaristo, viudo desde hacía veinte años — tenía cuatro Lucila, su único vástago, cuando perdió a la esposa —, llevaba una vida, más que de viudo, de soltero, de solterón indisciplinado e impenitente. Sin duda, aquel disgusto de «dos niños» iba a estropear sus planes del día. Cuando acabó de hablar su yerno, acaricióse las rasuradas mejillas hasta el mentón, en donde detuvo los de-

su ternura, y, sobre todas las cosas, es... lo que más apreciamos los hombres en las mujeres... Es femenina *jusqu'au bout des ongles*. Estoy por decir que mi hija es... la mujer, con todos sus defectos, todas sus cualidades y todos sus encantos. Y diría más: diría que ese otro tipo de mujer sin voluntad y sin carácter, sin personalidad, en una palabra, dócil, porque no tiene nada íntimo que defender o que imponer, según los casos, esclava de la voluntad del marido, del amo inapelable y todopoderoso, me atrevería a decir que ese tipo de mujer no sólo es excepcional, fruto de determinadas latitudes, sino que asimismo es de una importancia ética muy relativa. Yo no sé hasta qué punto no será comprometido arriesgar la opinión de que ese tipo de mujer es el ejemplar... Bueno, perdóname; te estoy dando una conferencia... con alientos de folletón, y tú no estás ahora para conferencias, precisamente...

En realidad, el desigmo de don Evaristo era el de distraer a su yerno de su descabellada idea y el de hacer tiempo hasta que llegase su hija, quien, sin duda alguna, no tardaría en presentarse allí para afirmar, a su vez, que era la criatura más desdichada de la tierra.

—Pero es que yo no he pretendido nunca ser para Lucila ese amo omnipotente—objetó Eugenio.

—Lo sé. Y puedes creerme: no te aludía al hablar de ello. Tú me conoces...

—Nada, papá, no te esfuerces. Lo que pasa es que tu hija es una mujer incomprensible. Miente por placer, por voluptuosidad. Me dice cosas, no sólo falsas, ¡sino que ella sabe positivamente que a mí me consta que son falsas! Tiene temporadas—cortas, de unos días—que... que yo no sé... Dijérase que me quiere menos, que me encuentra antipático, insufrible. Pues bien; en plena crisis de manía contra mí, cuando menos lo pienso, me sale con ésta: «¡Ay, hijo, no sé lo que te pasa! Es que tienes temporadas que me coges manía.» ¡Y esto es intolerable! ¡Esto de que le apliquen a uno, indefectiblemente, automáticamente, los sentimientos que hacía uno experimentan los demás, es algo que clama al cielo! Pues, ¿y las veces que se empeña en que yo decida si prefiero el te o el café? Yo te aseguro, papá, que a mí me da lo mismo, y que entre los muchos problemas que tengo que resolver durante el día no está comprendido éste de si, en un momento dado, prefiero el te o el café. ¡Pues no hay manera! Tengo que hacer un angustioso esfuerzo de imaginación... y decidirme... qué sé yo, por lo que primero se me ocurre... por el te, por ejemplo. ¡Pero lo grande es que la mayoría de las veces, si he dicho que prefiero el te, me replica, con un gesto de resignada contrariedad: «¿Te? Ya ves tú: ahora apetecía yo una tacita de café.» ¡Como si no pudiera tomar cada uno lo que más se le antoje! Mira, papá, no te ofendas, pero Lucila, tu hija de tu alma... ¡es una mujer absurda!

Y don Evaristo, que había estado escuchando sonriendo todas estas cómicas desesperaciones, resolvió su sonrisa con una estrepitosa carcajada.

—¡Ah! ¿Te ríes? Pues ahí está lo temible de estas desavenencias conyugales. En que nadie las toma en serio. Y siendo todo lo pintorescas que se quiera, estas pequeñeces, estas minucias, son nues-



tanto, mucho que estudiar.» ¡Y sabes lo que me contestó? «Sí; más vale que te deje tranquilo, porque te has levantado hoy con un humor de perros y no sabes cómo arreglártelas para desahogarte conmigo.» ¡Qué quieres! Me exalté, se exaltó ella más; empezó el desfile de las palabras mortificantes, me dijo horrores: que tenía que reconocer que con un hombre de tan mal carácter como yo no había tranquilidad posible en una casa, y, por último, al verme coger el sombrero, se me planta en la puerta del piso y me dice: «Te advierto que si no quieres venir a comer, puedes hacer lo que quieras.» ¡Qué hubieras contestado tú? ¡Lo que contesté yo, me parece! «Ni vengo a comer, ni a cenar, ni a dormir, ni a

dos para aprisionarlo en un amplio pellizco—gesto en él característico *d'ennui*, de contrariedad—, y, lentamente repuso:

—Chico, perdóname; pero yo creo que no tienes razón. Posiblemente, Lucila no ha sido educada como yo hubiera deseado. Le faltó la madre desde muy pequeña y ha tenido que educarse y que criarse en colegios... unas veces...; con profesores particulares, otras... La educación de una madre—de algunas—no se sustituye con nada. Pero, de cualquier manera, yo creo que Lucila es una criatura, quizás un poco voluntariosa, pero en el fondo buena, muy buena, como sus padres, es decir, como su madre—yo es posible que sea un poco egoísta—. Lucila tiene un tesoro inapreciable: el tesoro de

ra vida diaria, y la vida diaria no es una cosa fácilmente esquivable, ni mu- chísimo menos.

—¡Cállate, cállate! —suplicó don Evaristo, entre el escándalo de un violento golpe de tos—. ¡Cállate o me vas a hacer llorar de risa! Ven, siéntate aquí y fuma. Anda, ahora que pareces más tranquilo. Verás, querido: me río por tu ingenua conclusión de que mi hija es una mujer absurda. ¿No ha de serlo? ¡Como todas las mujeres! Y eso, eso es lo que olvidas tú y lo que olvidan muchos hombres, y hasta muchos hombres inteligentes, y es, por el contrario, lo que no debiéramos olvidar nunca. Pues bien. Si fatalmente —y afortunadamente, créeme a mí— la mujer es una cosa absurda... bueno, un ente absurdo, quiero decir... para ser feliz a su lado no hay más que una fórmula: la de hacer concesiones a ese absurdo. El hombre que se desespera porque encuentra a su mujer incomprensible; el hombre que se empeña en que su mujer proceda en la vida según un canon razonable, ese hombre, hijo mío, es hombre al agua.

—¿Entonces, qué debo hacer? ¿Qué consejo es el tuyo?

—Pues bien claro está: que no te desesperes por los absurdos de tu mujer.

—Es decir, ¿que me desentienda de su carácter, que no le haga caso?

—No te digo que te desentiendas de su carácter, porque ese elemento absurdo no es propio de ella, sino del género a que pertenece. Su carácter, suyo, singular, personalísimo, no debes desatenderlo. ¡Claro que no! Mi consejo es que no te desesperes por esos absurdos de mi hija, porque son un mal—o un bien, lo repito—irremediable, genérico, y que, si puedes, sonrías complacido, y hasta desgracias a Dios por la merced que te concede de una criatura tan extraña, tan incomprensible, tan llena de imprevistos... desagradables y encantadores, según caen las pesas.

II

¡Conceder al absurdo!... Eugenio volvió al hogar hondamente preocupado por la posible eficacia de esas concesiones aconsejadas por su suegro. ¿Tendrá razón? ¿Sus continuas discordias con Lucila estribarían realmente en su terco empeño de que ella se condujese en todos sus actos de una manera razonable? Porque era cierto, evidente, que a él lo que más le irritaba, respecto a su mujer, era la imposibilidad de someterla al canon de la razón común, de una lógica consuetudinaria. Sus grandes desesperaciones procedían siempre de un acto incomprensible de Lucila. Se puede ser egoísta, injusto, cruel por naturaleza, por designio inexorable de los hados. Es una tremenda desdicha, pero es una desdicha comprensible. Pero lo que a Eugenio no le cabía en los sesos era que Lucila, desinteresada, ecuánime, bondadosa por naturaleza, se traicionase a sí misma, mostrándose, cuando era menos de esperar, egoísta, injusta y cruel hasta lo insospechable, hasta lo inconcebible.

Decididamente, en el consejo de don Evaristo había un fondo de razón... Cuando la suya fracasara ante un hecho

inexplicable de su mujer, de allí en adelante se diría a sí mismo para explicárselo todo: «He aquí uno de los mil gracias absurdos de que me hablaba mi querido suegro.» Y con este recordatorio, su apremiante necesidad de lógica quedaría satisfecha. Porque, de no ser así, el verdadero absurdo sería el suyo propio: el de intentar comprender el absurdo.

Estos eran los buenos propósitos de Eugenio al volver a su casa. De regreso a ella, del brazo de Lucila, iba pensando con trepidante júbilo en su ya decidida rectificación de conducta... Lucila, no... Lucila, por su parte, no pensaba en rectificaciones de ninguna especie. Ni en rectificaciones ni en confirmaciones. Y es que a ella jamás se le había planteado el problema de quién sería el culpable de sus altercados con su marido. Es decir, no es que nunca se le hubiera planteado el problema... Es que lo tenía resuelto desde el primer día de casada, quizás desde mucho antes de la bendición nupcial. ¿De quién iba a ser la culpa de todo? ¡De Eugenio, que tenía un carácter imposible!

III

Una tarde, días después de la dulcísima reconciliación, Eugenio entró en su despacho, sentóse en su amplio sillón frailuno, tomó la pluma y escribió en una hoja de papel: «Resultados del precioso consejo de don Evaristo. 26 de diciembre: He rogado a Lucila cambie de sitio la mesa de mi despacho. Es absurdo que Lucila se empeñe en que una mesa de trabajo esté en el rincón más oscuro de una habitación. Lucila insiste en que poniendo la mesa cerca del balcón, el despacho será un adefesio. He transigido... Me he evitado un disgusto considerable. Bendito sean Dios y mi suegro.»

Aún no había terminado de secar lo escrito, cuando Lucila entró en el despacho.

—¿A qué hora quieres cenar hoy?—le preguntó.

Eugenio estuvo por responderle que la pregunta era perfectamente inútil, puesto que bien sabía ella que tenían la buena costumbre de cenar a la misma hora todos los días. Hizo un pequeño esfuerzo y respondió:

—A las diez. Como siempre...

Y al tiempo que esto decía, deslizaba con disimulo bajo la carpeta la hoja de papel en que acababa de escribir.

Pero Lucila le detuvo.

—¿Por qué escondes ese papel?

—Hija mía, no lo escondo... Es que acabo de tomar una nota... y lo guardaba.

—Enséñamelo.

—Pero, ¡qué manía!

—Si no tiene nada de particular, ¿por qué no quieres enseñármelo?

—No es que no quiera, amor mío... Es decir... la verdad... No quiero enseñártelo porque es una tontería y te vas a reír de mí. Los hombres, ¿sabes tú?, somos tomar unas notas tan nimias, tan candorosas, tan íntimas, que luego casi nos da vergüenza de que se enteren de ellas los demás.

La explicación, naturalmente, no convenció a Lucila. Insistió ella, insistió él en la negativa y surgió, como por ensalmo, una pequeña disputa.

—Bien; no me lo enseñes. Tú sabrás por qué no puedes enseñármelo—resumió la esposa.

Y tomando una revista, se sentó a leerla; mejor dicho, a no leerla, en una poltrona, junto a la mesa en que Eugenio se hallaba.

Silencio absoluto, tan absoluto como

hinchido de elocuencia, de una terrible elocuencia rencorosa y hostil.

Eugenio encendió un cigarrillo y meditó:

«¿Accedo a enseñarle lo que he escrito? Es una manía, un capricho, una terquedad infantil de Lucila. No hay razón ninguna para que sospeche que lo que oculto es una carta dirigida a una mujer. Entre las muchas escenas representadas en esta santa casa no figura la escena de celos. Ella conoce al detalle la vida que yo hago. De cualquier manera, es indudable que para ella el hecho de que yo me niegue a hacerle partícipe de estas líneas asume una importancia transcendental. ¿A ver? ¿A ver? ¿Habré dado con la clave del enigma? ¿Sería capaz de explicarnos muchos fenómenos que observamos en las mujeres esa misma desproporción entre el hecho y la importancia que ellas le otorgan? ¿Seremos, hombres y mujeres, intelectualmente incompatibles a causa de esa diferencia abismática entre los resultados de sus apreciaciones de las cosas y los resultados de las nuestras respecto a esas mismas cosas? Que esa diferencia de valoración existe, es indudable. Ahora bien; ¿por qué existe? ¿Es simplemente el sexo el que la determina? ¿Es cuestión de hábito, de educación? Con la progresiva independencia moral y material de la mujer, ¿coincidirá una disminución progresiva de esta diferencia de apreciación de las cosas, observada entre uno y otro sexo? Para mí, por ejemplo, preocupado siempre con mis pleitos, con la marcha de mi bufete, con mis éxitos o mis fracasos en la Audiencia, el hecho de que la cocinera se pase las horas muertas en el mercado es un hecho, sin duda, lamentable, pero de ninguna manera transcendente. Para Lucila, en cambio, preocupada siempre con la buena marcha de su hogar, con que la comida esté a punto cuando llegue «el señorito», con la necesidad de mantener un minimum de disciplina en la servidumbre; para Lucila, digo, el mismo fenómeno de que la cocinera se pase las horas muertas en el mercado significa una catástrofe de Apocalipsis. Pues bien; teniendo en cuenta que mi negativa a enseñarle este papel estúpido supone para ella algo así como un cataclismo sidéreo, y para mí el mostrárselo una concesión insignificante, ¿por qué no experimentar otra vez los grandes beneficios del consejo de mi suegro de mi alma?»

Y al terminar su larga meditación, sonrió el marido. Sin réplica posible, cuanto le sucedía con su mujer era gracioso y grotesco. Pero, ¿hay razón alguna para descartar de lo grotesco toda posibilidad de transcendencia?

—Lucila—dijo de pronto—, voy a enseñarte este enfadoso papel. No es más que un capricho tuyo; pero, en fin, para que no digas... Toma. Ahora te reirás de mí, y con razón.

Lucila contestó primero que ya no le interesaba; pero acto continuo alargó la zarpa, cogió el papel y lo leyó.

Y comentó, una vez leído:

—¡Pero qué retorcimiento eres! ¡Mira que escribir esas chifladuras!...

Eugenio le refirió entonces la entrevista que el día de la última contienda conyugal había tenido con su padre, el dictamen que éste le diera y la extravagante idea que ocurriérasele a él, hacía pocos minutos, al entrar en su despacho, de tomar nota de los resultados del saludable consejo.

Lucila se ruborizó, y para disimular «el pavo» rió estrepitosamente y se agitó de modo excesivo en su butaca—señal también esta última infalible de su contento por lo que aquellas notas significaban de preocupación del esposo por la tranquilidad y la felicidad hogareñas—. Se levantó al cabo, pasó al lado de Euge-

nio, y después de un largó y sonoro beso en la frente, le preguntó:

—Oye una cosa... Como dices que la digestión de la cena se te hace muy pesada, se me ha ocurrido que la carne, los guisados fuertes, se coman al medio día, y por la noche, huevos, meollada, pescado... En fin, cosas muy ligeras... ¿Por qué te ríes?

—No, hija, por nada... Me parece muy bien todo eso.

—Bueno, verás... Es que Martina ha traído hoy merluza y no sé cómo la preferirías tú... Si frita, con mayonesa o en salsa verde.

Palabra de honor que a Eugenio no le faltaron ganas de responder algo muy disonante con la melodía de los tiernos cuidados de la esposa. Ella lo advirtió, y curándose en salud:

—Claro que yo sé que te molesto con estas preguntas mías; pero si tú supieras que luego viene a preguntarme Martina y no sé qué decirle...

Vencida la mala idea de una contestación un poco brusca, Eugenio respondió:

—No me molesto, tesoro mío... ¿Por qué voy a molestarte? Lo que pasa es que tu pregunta de hoy me ha cogido un poco de sorpresa. Tú me has requerido siempre, hasta ahora, para la elección entre dos términos: te o café, cosas saladas o sosas, puertas cerradas o puertas abiertas. Y—no te enfades—en este momento me hallo con que el problema electivo se enriquece con un nuevo término, y, por tanto, que la dificultad de su solución va asumiendo proporciones siderales. Entre el frito o con mayonesa, es posible que yo, después de algún esfuerzo imaginativo, hubiera acertado a ver con luz meridiana hacia dónde inclinábase la balanza de mi preferencia... Frito o con mayonesa... Nada, lo dicho...

El problema es arduo; pero yo me hubiera comprometido de antemano a resolverlo. Mas, ¡oh, Dios de las alturas por donde los astros van!, ¿en qué piélagos de incertidumbre me abisma esa salsa verde de todos los demonios? Hamlet y el asno de Buridan fueron más afortunados que yo. En primer lugar, porque no resolvieron sus dudas, y tú me obligas a resolver las tuyas, que haces más, con una tenacidad inexorable. Y en segundo lugar, porque el uno vacilaba entre el ser o no ser, y el otro entre el agua y la avena.—De ti para mí, el problema del simpático burro era mucho más temible que el del príncipe de Jutlandia, porque en el suyo hallábase también comprendido el del otro. Quiero decir que el pobre borrico, al afrontarse con el cubo de agua y el cubo de avena, se afrontaba sincrónicamente con el pavoroso problema de ser o no ser, puesto que su existencia dependía de decidirse por uno de los dos cubos—. Pues bien; las dos más ilustres perplejidades de la Historia pierden toda su importancia al ser comparadas con la mía. Figúrate a Hamlet y al asno de Buridan vacilando, respectivamente, entre ser o no ser... y la salsa verde y el agua, o la avena... y la salsa verde. ¡Esposa de mi alma, tu tiranía clama a los altos cielos!

Lucila le escuchó, primero, con curiosidad, y digo con curiosidad, porque esperaba que la solución surgiese de un momento a otro; después, con asombro y con cierto interés, porque no comprendía que para decidirse necesitara su marido de tanta prosopopeya o circunloquio, y porque no quería renunciar, sin embargo, a cazar entre el farrago prosopopéyico la conclusión determinante; al asombro y al interés siguió un sentimiento antagónico: el de desinteresarse en absoluto del discurso de Eugenio; al desinterés siguió un amago de indignación, porque las mujeres no toleran nunca—es regla sin excepción—que se haga humorismo a su costa, y, finalmente, el ama-

go de indignación fué seguido de un rápido convencimiento de que no había más remedio que reiterar la pregunta.

Y siendo esto así, como lo es, apenas profirió Eugenio sus últimas palabras, insistió ella:

—Bueno, en fin, ¿qué le digo a Martina?

Eugenio comprendió que había llegado el momento de decidir a ciegas, de abandonarse en brazos del azar, y resueltamente, heroicamente, respondió:

—¡Dile a Martina que prefiero la merluza en salsa verde!

IV

Que un hombre, en un momento dado, se resuelva por un camino no quiere decir que llegue a su extremo en línea recta. Lo más frecuente es que, a lo largo de la jornada, le asalten dudas, vacilaciones, sobre su definitivo acierto al elegir aquel camino y no otro.

Y éste fué el caso de Eugenio. Habíase decidido a hacer concesiones a los absurdos de su mujer, ante la posibilidad de que sus desdichas domésticas dependiesen de estas pequeñas concesiones. Con paciencia benedictina fué anotando los resultados de su nueva conducta, y éstos no hacían más que confirmar la predicción de don Evaristo.

Pero un día... ¡ah!, un día, mortificada por la última concesión, más nimia, más insignificante que todas las anteriores, se le ocurrió esta abominable idea: «¿No será todo esto de una ridiculez intolerable? ¿No me estaré convirtiendo, insensiblemente, en un marido de juguete cómico?»

¡Fatal temor éste del propio ridículo! El hombre puede estar haciendo el ridículo a todas las horas del día. Para ello basta sólo con que no se dé cuenta de que lo está haciendo. La prestación voluntaria al ridículo acaso sea el sacrificio supremo que pueda solicitarse del individuo humano.

«¿Me estaré convirtiendo en un marido de juguete cómico?»—se le ocurrió a Eugenio un día. Y esta ocurrencia determinó, automáticamente, una vacilación en la marcha por la senda elegida. Bastó la idea de esta posibilidad mortificante, ultrajante como ninguna, para que Eugenio pasase uno de los días más trágicos de su vida. Tenía una vista en la Audiencia y mandó a la Sala un certificado de enfermo. En el Casino se pasó las horas muertas, de un sillón a otro, de una sala a otra, tomando un periódico, dejándolo a los pocos minutos... Hasta se acordaba de Lucila con rencor... ¿Le parecía a usted en qué estado de excitación nerviosa le había puesto? ¿Era mucho aguantar, mucho conceder un día y otro día, mucho ocultar sus propias ideas, sus propios sentimientos, para que, al fin, no acabase por estallar su paciencia! ¡Además, no había razón humana para justificar la monstruosa injusticia de que la felicidad de un conyuge se edificase a costa de la desgracia del otro! Porque con sus concesiones a los absurdos de Lucila la tranquilidad del hogar no salía ganando nada. Su hogar constituíanlo preferentemente Lucila y él, y mal puede ser feliz el todo si es desdichada una de las partes.

Comió en el Casino y siguió aburriéndose. Subió a un tranvía Bombilla-Hipódromo e hizo todo el recorrido dos o tres veces. Al darse cuenta de su excursión estafalaria, se preguntó:

—¿Pero es que tu mujer se ha propuesto volverte loco?

Se apeó en marcha y encaminóse a su casa. Salió a abrirla Lucila, alarmada por el hecho inusitado de que él no hubiese venido a comer.

—No he podido. Me voy a mi despacho, y que no me moleste nadie. Tengo mucho que hacer.

Lucila advirtió en seguida su mal humor y no respondió palabra.

Al entrar él en su despacho tuvo que encender la luz.

Y empezó a murmurar:

—¡Las cinco de la tarde y no se ve ni gota! ¡Claro! ¡Con esta manía de tener la mesa en el ángulo más oscuro de la habitación!...

Se fué al balcón y lo abrió de par en par.

—¡Y, para celino, el balcón cerrado, y vengar cortinas y stores y demonios encendidos, y verga en tener que darse uno puñetazos en los ojos si quiere uno leer, aunque no sea más que una línea!

Se plantó en medio de la estancia, los ojos encendidos, y taconeando nerviosamente en el suelo:

—¡Ea, que no aguantó más!—exclamó—. ¡Lucilal! ¡Lucilal!

Lucila acudió presurosa.

—¿Qué te pasa?

Mirábale un poco asustada y hacía sobrehumanos esfuerzos para aparecer tranquila y hasta ignorante del mal humor del marido.

—Mira, Lucila, yo lo siento mucho—; empezó Eugenio—, pero es necesario, absolutamente necesario, que esta mesa se quite de donde está y se ponga en el sitio en donde haya más luz, más luz... Junto al balcón, frente al balcón, en el balcón, encima del balcón, debajo del balcón, donde tú quieras, donde tú elijas, con tal de que no te saigas del balcón o sus alrededores. Yo la mento con toda mi alma contrariarte; pero hay cosas que no pueden ser, que van de tal manera contra el sentido común, que... ya te digo... vamos... que no puede ser... y no serán.

Lucila, durante la parrafada del marido, había empalidecido intensamente.

E intercalando un largo silencio entre la última palabra de él y la primera suya:

—¿Has acabado?—preguntó.

—No—contestó él; y siguió ella:

—Pues yo, por mi parte, te ruego que se deje la mesa en donde está, porque si se pone en donde tú quieres, las personas que entren aquí pensarán de mí, de mi gusto para arreglar la casa, pensarán horrores, y yo no tengo necesidad de que nadie piense horrores de mí por un capricho tuyo y porque te empeñes en que no se hagan las cosas como Dios manda.

Algo verdaderamente temible leyó en los ojos de Eugenio, porque se apresuró a añadir, rectificando su acento insolente y adoptando otro más adecuado de imprecación y de súplica:

—En fin... Eugenio... no me hagas caso... No sé lo que digo. Verdad es también que tú me has hablado en un tono... Reconoce, vamos, que tú no me has hablado nunca así... Que tú no has debido nunca hablarme así. Bueno, a lo que iba... No seas terco; sé razonable; no me quites ese gusto. Créeme a mí. Mira que las mujeres entendemos mucho más de estas cosas. Cada pieza, cada habitación, tiene su arreglo particular, y por muchas vueltas que le des, el despacho no tiene más arreglo que éste. La mesa ahí, en donde está, y el sofá y las butacas aquí, junto al balcón. ¡Si lo sabré yo, que puede decirse que me pasé diez noches sin dormir pensando únicamente en cómo quedaría mejor el despacho! No te enfades; pero es un capricho tuyo, nada más que un capricho tuyo.

—No te molestes, Lucila. Ya estoy harto de discutir lo de la dichosa mesa. ¡Se pondrá junto al balcón, y basta!

Pero Lucila se colgó a su cuello, y llorando, con un temblor febril:

—¡Por lo que más quieras, Eugenio de

mi alma—insistió—, no te empeñes en eso; mira que tú no te das cuenta de lo que para mí supone ese cambio! ¡Mira que lo único que vas a lograr es quitarme el gusto de la casa, y si yo pierdo el gusto de la casa, ¿qué va a ser de mí, aquí siempre sola, sin tener con qué preocuparme, sin tener con qué distraerme? ¡Eugenio, no! ¡No! ¡Yo te lo suplico! ¡Por lo que más quieras, Eugenio de mi alma!

Y desprendiéndose de su cuello, se dejó caer de bruces sobre el diván. Un temblor convulsivo estremecíala toda, como una llama al viento. Los profundos sollozos intercalaban en su respiración angustiosos síncope interminables. Tan violenta parecía la crisis, que Eugenio llegó a inquietarse.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Te falta aire? ¿Te sientes mal?

Al cabo de unos minutos, el orgasmo, vencido, tradújose en un llanto amplio, copioso, confortador.

Eugenio no halló incompatible, después de atenderla y consolarla como enferma, el seguir recriminándola como testaruda esposa.

Y clamó:

—¡Esto no tiene nombre! ¡No tiene nombre! ¡Si es que no cabe en cabeza humana que se ponga una mujer así por un cambio de mesa, por un triste cambio de mesa! Pero, ¿es posible que concedas a esto tanta importancia como para que se te desaten los nervios de esa forma y digas que vas a perder el gusto de la casa y qué sé yo cuántas locuras más? ¡Que es para volverse loco! ¡Que te juro que es para volverse loco!

Lucila le dejaba hablar, y lloraba, lloraba, de bruces todavía sobre el diván, la cabeza sobre el brazo derecho, en un gesto de dolor tan pueril, tan candoroso, que Eugenio vacilaba, atontado, entre su emoción y sus indignaciones.

V

«Ante todo, *mon cher papa*, recibe con mi felicitación el testimonio de mi envidia por tu estancia en ese París inolvidable para quien, siquiera fuese una sola vez, puso en él su planta.

Te felicito y te envidio por tu suerte de poder hacer siempre tu soberanísima voluntad. Al recibir tu telegrama anunciándonos que acababas de llegar a Lutecia, figúrate, nos asustamos mucho. Pero no tardamos en tranquilizarnos, recordando otras escapadas tuyas por el estilo, tan inesperadas como ésta, de la que nos informas—como de costumbre—cuando ya has puesto de por medio unos cuantos miles de kilómetros.

Tu hija se resiste a creer en esa la justificación *d'affaires* urgentes de que nos hablas. Perdona que yo una al suyo mi escepticismo. Lucila insiste en que sólo el demonio está en el secreto de ese viático, y se cuida muy mucho de añadir... que el demonio son las faldas.

Total, feliz tú que no tienes obligaciones que te sujeten a ningún punto del globo, y vamos a un asunto del que tengo que comunicarme con alguien... o revicente. Como se trata de un asunto tan íntimo, no me queda otro recurso que expralarme con mi querido papá negro.

Voy a hablarte de Lucila. De Lucila y de mí, naturalmente. En Madrid te di cuenta detallada de los favorables resultados de mis primeras experiencias. Pero he aquí que un día aciago, un día que estaba yo de un humor infernal, llego a casa, encuentro mi despacho más oscuro que nunca, llamo a Lucila y le digo que era necesario, pero de una necesidad sin réplica, incontestable, el trasladar la mesa a un sitio en donde recibiera directamente la luz del balcón. Tú conoces el abundante cambio de notas diplomáticas que ha motivado ya la colocación de la dichosa mesa. ¡Pues poco que te

has reído a costa del pintoresco incidente! ¡Papá de mi alma, no quieras saber la tragedia que se desarrolló en casa aquel día! Le dijo a tu hija su correspondiente ataque de nervios. Lloró, suplicó, imploró por toda la corte celestial que dejara la mesa en donde estaba; que su gusto por la casa se perdería con aquel cambio; que «yo no me daba cuenta» de lo que «arriesgaba» con aquel capricho «mio». Bueno; con decirte que yo estaba dispuesto, como nunca, a salirme con la mía y que, espantado por la tragedia, tuve que decidirme por el *statu quo*... ¡Horrible!

Pero lo gracioso no es esto; lo gracioso fué que, al cabo de unos días... ocho o diez, me parece... estaba yo trabajando con luz artificial a las cuatro y media de la tarde—¡con luz artificial y con la más sublime resignación cristiana!—en mi rincón oscuro, cuando entra Lucila en el despacho—venía de la calle—, me saluda, se sienta en un silloncito un poco extraviado, como procurando no molestarme, no perturbarme en mi tarea; se pone a mirar en silencio el balcón, la mesa, la luz encendida... y al cabo de unos minutos me sale con esta revelación despampanante: «Efectivamente... esa mesa en el rincón más oscuro, tiene que darte muy malos ratos.» ¡Te aseguro, papá, que me bailó en los labios la expresión plebeya de: «Pero, ¿es que a mí se me va a tomar el pelo en esta casa?» No recuerdo lo que dije. Tengo la sospecha, sin embargo, de que lo que dije debió sonar en sus oídos de una manera un poco desagradable. Pero ella me atajó con el argumento de que los hombres no comprendemos a las mujeres; de que, por lo mismo que antes se oponía a cambiar la mesa de sitio porque el arreglo del despacho suponía para ella días y días de meditación, de estudios, de planes, por la misma razón me rogaba ahora que accediera a su deseo, porque se había llevado otros tantos días, quizás con otras tantas noches, meditando, estudiando y planeando un nuevo arreglo del despacho que conciliara sus preocupaciones estéticas con mis preocupaciones prácticas.

¿Eh? ¿Qué te parece? Bueno, te parecerá como a mí: que tu hija es un encanto con sus caprichos, sus absurdos y sus determinaciones improvisadas.

Me has dicho repetidas veces que soy un animal demasiado reflexivo para armonizar con el espíritu arbitrario y voluble de las «señoras»—es tu palabra—. Yo creo que no tienes razón. Desde luego te concedo que soy un animal excesivamente reflexivo. No tienes tú idea de mis largas meditaciones acerca de esa arbitrariedad, de esa «apariencia» absurda del espíritu de la mujer. Pero esa atención incansable sobre el individuo observador, ese prurito de lógica, ese resuelto propósito de considerar el absurdo como consecuencia, como desembocadura de un proceso perfectamente razonable, son los que me han conducido a mi convencimiento actual de que es falso del todo el lugar común de que la mujer es un ser incomprensible. Es decir, que debo a mis reflexiones el haberme reconciliado con «ellas».

Le coeur a des raisons que la raison ne comprend pas. Esta es una frase muy bien lograda; pero, como muchas frases bien logradas, es falsa de toda falsedad. Si la razón no comprendiera esas razones, no las aceptaría como tales. A mí entender, las razones del corazón, como las puramente instintivas, son en absoluto comprensibles. Lo que pasa es que entre el hombre y la mujer existe el abismo del sexo, y es obcecación estúpida querer medir la lógica de las determinaciones femeninas con el mismo patrón lógico con que medimos las determinaciones masculinas. Es que el hombre y

la mujer viven en mundos distintos, digo más: opuestos, y por eso se atraen, por lo mismo que se atraen dos fuerzas eléctricas contrarias.

Pero el hecho de que nuestra lógica no nos sirva para apreciar, para medir las razones según las cuales se conduce la mujer en la vida, no quiere decir, de ninguna manera, que la mujer se conduzca en la vida, por modo excepcional, libre de todo yugo, de toda disciplina razonable. No; la mujer responde a una lógica, a la suya, a la de su sexo, y los hombres, en nuestro ciego egoísmo, nos empeñamos en someterlas al canon lógico del nuestro.

La religión católica, por ejemplo, prohíbenos la realización de ciertos actos que otras religiones ordenan a sus fieles, y a ningún hombre inteligente de una y otra religión se le ocurre pensar que son absurdas las ordenanzas de la que él no profesa.

Mientras tu hija se agitaba en el diván de mi despacho, víctima de una violenta crisis nerviosa, motivada por la simple perspectiva de tener que cambiar una mesa de sitio, yo protestaba indignado: «¡Pero esto es absurdo! ¡Pero esto es absurdo!»

Y no lo era. Luego, más tranquilo, me convencí de que no lo era. En todo caso, si en todo aquello había algo absurdo, era mi terquedad de querer explicarme los actos de Lucila con la misma lógica con que yo me explico mis propios actos y los de todos los seres de mi sexo.

Porque en mi mundo, en el mundo en que yo actúo, en que yo me agito, lleno de preocupaciones, económicas, profesionales, políticas, el imperativo estético está enteramente subordinado al imperativo práctico, y así, pues, era lógico para mi razón que, si no había luz en el lugar en que estaba colocada la mesa de mi despacho, la mesa cambiase de lugar y fuera colocada en otro en que hubiera luz. Pero en el mundo de Lucila, lleno de cortinas, de encajes, de habitaciones bonitas o feas, arregladas con gusto o sin gusto arregladas; es decir, en el mundo, no sólo propio de su sexo, sino en el mundo restringido, pequeño, en que mi soberanía de varón la ha confinado, el imperativo estético—aunque sea de una estética inferior, incomprensible y hasta inaceptable para mí—, el imperativo estético, repito, es el que subordina al imperativo práctico. «Me he pasado diez noches planeando la disposición que el despacho tiene ahora!»—me decía la pobre, encareciendo el trastorno que suponía para ella el cambio a que yo la obligaba. Luego su actitud, sus súplicas, sus lágrimas, correspondían lógicamente a la importancia que en su mundo tiene la colocación de un chisme casero. Yo sé que con todo esto las categorías de Aristóteles y de Kant salen muy mal paradas, tal vez rodando; pero reconozco, al menos, que no tengo la culpa.

Debo hacerte una confesión... Ya antes del incidente de la mesa «había descubierto yo» la existencia de estas dos concepciones del mundo: masculina y femenina. Y, sin embargo, días después llegué a casa con la pretensión de imponer a Lucila, en lo referente a la mesa, la lógica «arbitraria, absurda para ella», de mi masculina concepción del cosmos. Era que mi orgullo de hombre resistíase a conceder que toda lógica que no fuera la mía pudiera, en manera alguna, ser aceptada como buena por la razón. Esto no quiere decir que un marido deba permitir siempre a su media costilla hacer su santa voluntad. ¡Desdichado del que, no contento con respetar la lógica de su mujer, deja que sea esta lógica la que rijas sus propios actos!

Tú me dirás que, en resumidas cuentas, esa concesión a los absurdos de las mujeres es lo que tú siempre me has

aconsejado. Pero es que hay una diferencia enorme entre tu consejo y lo que yo quiero expresarte en esta interminable carta, y la diferencia es que, en adelante, yo no tendré que hacer concesiones a los absurdos de Lucila, sino a unas determinaciones tuyas, que consideradas desde un punto de vista masculino, son absurdas, y desde un punto de vista femenino, razonables.

Claro que tú te has entendido siempre perfectamente con las señoras, siguiendo un procedimiento mucho más cómodo: el de hacer esas concesiones, sin preocuparte para nada si al hacerlas realizabas un acto de tolerancia o un acto de justicia. Para ti no existía más que el hecho de que, «transigiendo un poco», la vida al lado de las señoras resultaba bastante agradable. Procedías, como procedes en todo, basándote en un empirismo de una inconsciencia deliciosa, edénica, inefable. Tan evidente es esto como que piensas seguir haciendo lo mismo toda la vida, puesto que así te va bien.

Yo, animal reflexivo, no podía aceptar el hecho sino por la vía persuasiva, es decir, por la más difícil, por la más espinosa. Tú, incorregible animal placentero, llegas al mismo resultado por el camino más suave, más voluptuoso.

¡Lo que te reirás de mí! ¡Lo que a costa de este pobre diablo razonador impenitente se regocijará ese gran demonio sensual, mundano y galante que, como suegro, me ha deparado el Destino!

¡Pero se me ocurre en este momento una idea temible, pavorosa! ¡Dilema! ¡Dilema! ¿Cómo se debe proceder en la vida: según procedo yo o según procede mi querido suegro?

Porque, teniendo en cuenta que...

No te alarmes. Es una broma.

Un fuerte abrazo de tu hijo, Eugenio.

Fernando DE LA MILLA

Los Libros de la Semana

Querubín (novela), por Manuel Acosta y Lara.—Esta obra equivale, para su autor, a una brillante ejecutoria de novelista, de tanta originalidad como vigoroso temperamento. El estilo es rico, claro y limpio; el diálogo, vibrante y justo en todo momento; las descripciones, ágiles y llenas de colorido. Por el asunto, lleno de amenidad e interés, y por la acertada observación psicológica de los personajes, *Querubín* es una novela que cautiva, de la primera a la última página, la atención del lector.

×

Historias, reminiscencias y cuentos (1923) y *Versos de ayer y de hoy* (1924), por María Negrón y Ugarte.—Con estos dos bellos libros se nos revela una admirable escritora. De las prosas del primero dice José Alsina en un prólogo tan encomiástico como



sincero: «Desde el trabajo *Superstición*, que inaugura la interesante serie, nos dimos cuenta de que la autora lograba transmitir íntegramente su emoción. Y, como esperábamos, a través de los distintos hechos, referidos con una sobriedad y una justeza de léxico que sólo corresponde a los escritores de raza, íbamos encontrando el hilo sutil capaz de denunciarnos el temperamento. El estilo mantiene su ritmo a lo largo de los diversos asuntos, y sin perjuicio de las pinceladas felices que prestan al ambiente el preciso color, una apacible vena

poética se desliza sin sobresaltos, bajo las rápidas y fugaces acciones, dejando una inefable serenidad en el espíritu. Todo afirma, en suma, a la artista consciente de la realización y de la finalidad de su obra. La mujer, entretanto, no desaparece. Una sensibilidad exclusivamente femenina preside y ordena los factores. Su ternura está presente en todos los instantes, embobando las palabras y adquiriendo alcance ético merced a su maravillosa claridad ideal.» De sus *Versos de ayer y de hoy* escribe otro comentarista, Miguel de Zárraga: «Así, María Negrón Ugarte se aparece a mis ojos con la augusta aureola de todos sus encantos de original poetisa. Una poetisa ingenua, humilde, profunda, que supo amar mucho y supo, a fuerza de sentimiento artístico, hacernos amar sus tan puros amores.» Los versos de esta insigne poetisa peruana son, en efecto, de toda belleza, tan ricos de inspiración como de armonía. Y, además, para gloria suya y de nuestras letras, de la más pura estirpe castellana.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

ACABA DE APARECER EL LIBRO DE MI SUEÑO ERRANTE

novela por

= GUIDO DA VERONA =

una de las obras más apasionadas, amenas y sugestivas del gran escritor italiano, de los literatos más leídos en todo el mundo

En todas las librerías y en la
= CASA DEL LIBRO =
Pí y Margall, 7 (Gran Vía)

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.



CARLOS COPPEL

Fuencarral, 27